LA ARQUEOLOGÍA Y LA HISTORIA DEL ARTE EN LA REAL ACADEMIA

Por AGUSTÍN DURAN Y SANPERE

La Real Academia de Buenas Letras entendió desde sus primeros tiempos que sus actividades tanto debían comprender los trabajos literarios como los arqueológicos mientras se encaminasen al esclarecimiento de la historia de Cataluña, objetivo principal de la Entidad según su propio reglamento.

Hacia un doble camino se manifestó la actividad arqueológica de la Corporación: los trabajos literarios de investigación o erudición en que se distinguieron individualmente algunos de los Miembros y el esfuerzo colectivo de la Academia, bien para formar un Museo Arqueológico donde hallasen seguro refugio los objetos antiguos de cualquier clase y época que las reformas que iba sufriendo la ciudad ponía en riesgo de perderse.

No fué, sin embargo, la Edad Antigua límite a las investigaciones de los señores Académicos; también la historia del Arte medieval y otras manifestaciones más modernas han tenido sus adeptos y han dado motivo a importantes publicaciones.

Una primera relación de los trabajos arqueológicos realizados por los Académicos de Buenas Letras, fué ofrecido por don Joaquín Rubió y Ors en su discurso de contestación al del Rdo. P. Eduardo Llanas, en 1891. Rubió y Ors inicia su resumen con los nombres de Gaspar Sala y Jaime Caresmar, en el XVIII, por trabajos incidentales, actualmente perdidos. Siguen Finestres, por razón de su *Sylloge* de inscripciones romanas, y Ramón Lázaro de Dou, por la defensa que hizo de la obra de Finestres contra los ataques no siempre fundados del P. Flórez. A continuación entra en la exposición de las publicaciones propias de la Academia.

En 1903, Elías de Molins pronunció su Discurso de ingreso en la Academia sobre los estudios históricos y aqueológicos en Cataluña en el siglo XVIII, con referencias frecuentes a trabajos académicos. Otras indicaciones de gran interés se hallan en el discurso de con-

testación de don Francisco Carreras y Candi. A pesar de tales antecedentes, vamos a intentar una nueva revisión de la eficacia arqueológica que haya podido tener la vida de la Real Academia.

Publicaciones y trabajos de Arqueología

Muchos de los trabajos presentados a la Academia con anterioridad a sus publicaciones regulares se perdieron; algunos quedaron guardados en el Archivo y unos pocos fueron recogidos en el volumen II de las *Memorias,* publicado en 1868. Entre estos últimos figura la *Disertación* sobre la situación de los Ilercavones, del Dr. Francisco Pinós, que había sido leída en la Academia en diciembre de 1795, o sea setenta y tres años antes de su publicación. El autor analiza las referencias que de los Ilercavones dan los autores clásicos, Tolomeo, Livio, Plinio y Julio César y las interpretaciones a que las sometieron el P. Mariana, Valbuena, Juan de la Cruz o Masdeu, el P. Flórez o Pedro de Marca. Estudia luego las monedas y termina por defender la teoría de ser los Ilercavones habitantes de ambas orillas del Ebro con Tortosa como ciudad principal del territorio.

Otro trabajo inserto en el vol. II de las *Memorias* era debido a don Joaquín Alberto Moner y esperaba ser publicado desde 1806, fecha de su presentación. Se trata de una colección de diecinueve inscripciones romanas de la villa de Isona, votivas, honoríficas y sepulcrales, la mayor parte editadas por epigrafistas anteriores, pero algunas inéditas hasta entonces. Esta curiosa lista fué puesta a continuación y como apéndice comprobatorio de una Memoria presentada en 1839 por don Ramón Roig y Rey, en la que el autor se propone identificar la localidad romana de Aesona con la población de Isona en el corregimiento de Talarn, provincia de Lérida. El trabajo de don Ramón Roig era una reacción contra el parecer de don J. Miguel Cortés y López sostenido en su *Diccionario Histórico de la España antigua,* publicado poco antes, según el cual *Aesona* no era Isona, como habían supuesto Finestres, Marca y Masdeu, guiados por la analogía de ambos nombres y por el hecho de haber sido halladas en Isona la mayor parte de las inscripciones que dan el nombre de Aesona. Para Miguel Cortés, *Aesona* era Manresa, error que nuestro académico dejó rebatido en todos los campos, lingüístico, geográfico e histórico.

No fué tan afortunado don Miguel Mayora (ingresado en 1837) en sus investigaciones sobre la situación de *Cartago Vetus* y *Subur,* poblaciones que no le fué posible identificar con certeza.

En esta época (primera mitad del siglo XIX), se presenta con relieve muy destacado la figura del académico José Mariano de Cabanes por la lectura que dió en la Academia, el día 20 de febrero de 1838, de su Memoria sobre el Templo de Hércules. Empieza el autor por analizar la opinión de los escritores que con anterioridad habían tratado del monumento, desde Tomich, Pau y Carbonell en el siglo XV; Tarafa, Jorba, Viladamor y Pujades en el siglo XVI; y Feliu de la Peña, Mayans, Caylus o Bosarte y Ponz en el siglo XVIII. Sus opiniones eran tan dispares que iban desde suponer que las columnas de la calle Paradís pertenecían al sepulcro del rey Hispan o el de Hércules o Ataulfo, hasta imaginársele parte de un alcázar, jardín pensil o decoración urbana de un acueducto, pasando por la versión de ser pórtico de un templo. En 1835, José Mariano de Cabanes se presenta a la Real Junta de Comercio con una embajada atrevida, la de pedir que se realizase el plan indicado por Isidoro Bosarte en 1786 de derribar las casas que ocultaban las columnas y dejarlas a la libre contemplación pública al mismo tiempo que se estudiaban los restos conservados y se realizaba un modelo de su conjunto en mármol o alabastro.

Pero le correspondió a Cabanes la áspera labor de contradecir abiertamente a un hombre de tanto prestigio como Próspero de Bofarull. El ilustre Director del Archivo de la Corona de Aragón había publicado poco antes sus *Condes Vindicados* y en esta obra revelaba el hallazgo de cierto documento que, a su parecer, demostraba ser el rey Pedro el Ceremonioso quien hiciera construir el pórtico de las columnas, con lo cual Bofarull pretendía resolver de una vez la antigua polémica de Historiadores y Arqueólogos; Cabanes se entretiene en su Memoria, cuya lectura es recomendable desde muchos puntos de vista, en desmenuzar la opinión de Bofarull para adoptar el criterio expuesto por Antonio Celles, después de las exploraciones hechas por encargo de la Junta de Comercio y bajo el impulso de Cabanes. Celles, interpretado por Cabanes, declaraba que las columnas pertenecían al pórtico de un templo dedicado a Hércules Líbico por los cartagineses en el año 230 a. de J. C. La solución no era del todo acertada, pero lo era mucho más que la defendida por Bofarull, quien decía, con lógica antihistórica, que si en la época de Pedro el Ceremonioso se habían construído el claustro de la Catedral de Vich y los sepulcros reales de Poblet, la Catedral de Barcelona y la iglesia de Santa María del Mar, La Lonja, la Diputación y la Casa de la Ciudad de Barcelona, bien podía construirse el edificio de las elevadas columnas de la calle Paradís, tanto más, añadía con absoluta gratuidad, cuanto por ser judíos la mayor parte de los arquitectos del

siglo XIV, viajaban con facilidad y podían imitar las construcciones vistas en otras partes.

José Mariano de Cabanes y Escofet había nacido en Solsona en 1775 y murió en Barcelona, a los 66 años, el día 4 de abril de 1842.

Don Manuel Milá y Fontanals, si bien sobresalió en otras ramas de la ciencia histórica y en ella fué maestro de sus contemporáneos, también dedicó algún estudio a consideraciones arqueológicas; fué a propósito de Olérdula y con objeto de fundamentar la historia medieval de aquella antigua fortaleza cuya visión, en la proximidad de Vilafranca, pudo haberle impresionado desde su infancia. Su primera afirmación es la de ser construcción prerromana, por serlo su nombre y por deducción de la gran extensión que pudo haber tenido el territorio señalado por Olérdula, Ordal y Olorde, evidentemente de una sola familia; si los autores romanos no la citan es que debía estar destruída. Después de describir minuciosamente las murallas y sus torres, los silos, los depósitos excavados en la roca, analiza y niega la posibilidad de que Olérdula pueda ser la *Cartago Vetus* de los clásicos, como afirmaban el P. Pascual y Puig y Lucá, en contradicción con las opiniones de Antonio Agustín y Pedro Marca.

Milá dedica una nota de su trabajo a criticar muy acertadamente la reproducción de las sepulturas llamadas olerdulanas publicada por Taylor, por parecer situadas verticalmente, lo que ha conducido a muchos e inveterados errores.

La Memoria de Milá fué leída y publicada en 1856. Del mismo año tenemos el Discurso sobre el lugar del Campamento de César, en las cercanías de Lérida, de Jacinto Díaz y Sicart. La noticia que da el propio César en sus Comentarios, le sirve al autor para contradecir a quienes, como Pujades, sospecharon que el campamento estaba situado en el altozano de Gardeny; Díaz y Sicart cree, por el contrario, que ningún buen general — y esta condición hay que reconocerla en César — podía establecer su campamento acorralado entre la ciudad, el río y el campo enemigo, sin retirada posible, contra todas las leyes de la estrategia romana.

Joaquín Botet y Sisó estudió los once sarcófagos romano-cristianos existentes en Cataluña, que en 1889, fecha de su ingreso en la Academia, eran conocidos, de los cuales, seis, corresponden a la iglesia de San Félix de Gerona. Analiza los temas representados en los relieves y los interpreta a la luz de los grandes repertorios extranjeros que poco antes se habían publicado. Más tarde (1908), en su Discurso de ingreso en la Academia, dió a conocer su criterio sobre la fecha aproximada del establecimiento de los griegos en Ampurias, para lo cual pasa revista a todas las piezas de cerámica griega descu-

biertas, no sin recorrer antes las diversas estaciones prehistóricas de la vecindad. El estudio de la cerámica y el de las monedas de Ampurias permite al autor sentar la conclusión de que los griegos llegaron a su playa en la primera mitad del siglo VI a. de Jesucristo.

El P. Eduardo Llanas, de las Escuelas Pías, dedicó su Discurso de recepción, en 1891, a los problemas de ubicación de las poblaciones catalano-romanas. En él analiza el caso de poblaciones actuales cuyos nombres son perduración de los mismos que tuvieron localidades antiguas citadas por geógrafos e historiadores clásicos. Si, además de la presunción que esta coincidencia significa, ha existido, a través de la documentación medieval, una constante tradición a favor de la equivalencia, la identificación es correcta, como en el caso de *Bétulo, Dertosa, Ausa* o *Emporion*.

Declara dudosos, por falta de tales elementos, los varios intentos para ubicar las localidades de *Cisa, Subur, Telobis* y *Cartago Vetus*. Para el esclarecimiento de esos casos es preciso recurrir a la arqueología que ha resuelto los de *Iluro* y *Egara*, y especialmente a la arqueología viaria. El autor exploró personalmente grandes trechos de antiguas vías romanas en las costas de Garraf, para la identificación del antiguo *Stabulum Novum* con el moderno Calafell, a causa de las termas que descubrió en Vilarench y describe como semejantes a las Stabianas de Pompeya. En la provincia de Huesca, son también los restos de las antiguas vías los que le facilitan la situación de la antigua localidad que los textos romanos llaman *Ad Novas*.

El eminente arqueólogo don Juan Rubio de la Serna ingresó en 1904 en la Academia. Su Discurso versó sobre los primeros habitantes de España según la historia y la arqueología, y en él expone sucintamente las descripciones de los autores clásicos para compararlas con los últimos estudios realizados en el extranjero. Explora la cuestión de la supuesta y mítica Atlántida y los problemas relacionados con el pueblo ibero, que algunos suponen venido de Asía sin que la arqueología lo deje probado. Se aparta también de la teoría vasca y afirma que todos los argumentos le inducen a creer que la necrópolis descubierta por él en Cabrera de Mataró representa un caso típico de cultura ibero-celta. Concluye el señor Rubio su Discurso diciendo que una raza establecida en la Península desde muy antiguo, sometida a su propia evolución y a influencias de diversos pueblos invasores, formó el fondo humano llamado ibérico, diversificado según las comarcas habitadas y los influjos externos sufridos con desigual intensidad.

En 1906, don José Soler y Palet quiso entrar en la Academia con un discurso sobre las más remotas antigüedades de su ciudad de Ta-

rrasa, a la cual dedicó tantos desvelos hasta dejar fundado el Museo que lleva su nombre y que es hoy índice de la vida cultural de aquella ciudad. En su Discurso analiza Soler y Palet, con gran puntualidad, las opiniones de todos los autores que le precedieron en la comparación de Egara y Tarrasa, para situarse al lado de algunos y enfrente de otros, argumentando siempre la decisión que adopta; estudia luego las posibilidades de interpretación que ofrecen las inscripciones romanas halladas junto a las iglesias antiguas de Tarrasa, las monedas ibéricas que se le atribuyen, y da, por fin, un completo repertorio bibliográfico.

Guillermo M. de Brocá. Del mismo modo que Soler y Palet dedicaba su atención a Tarrasa, Brocá procuraba esclarecer los orígenes de la ciudad de Reus, a la cual Beuter, seguido por Pujades, había atribuído nacimiento medieval. En su Discurso de ingreso a la Academia, en 1914, Brocá relaciona la etimología del nombre de la ciudad — *Reddis*, en documentos del siglo XII — con la denominación de Vilar, dada a un paraje inmediato y, sobre todo, con la aparición en ese lugar de una lápida funeraria romana, y de hornos para la fabricación de cerámica corriente y fina, para deducir la existencia de una villa de explotación agrícola en época romana, la cual debió dar origen a la población de Reus.

El académico don Fernando de Sagarra, había observado en tierras de su propiedad situadas en el término de Santa Coloma de Gramanet, la existencia de muros antiguos y cerámica que recordaba la que poco antes estudiara en Cabrera de Mataró el señor Rubio de la Serna. Observó al mismo tiempo el señor Sagarra que el punto donde con mayor profusión aparecían esas antigüedades era una colina que en los documentos de los siglos XI y XII era conocida con el nombre de Puig Castellar, y que tal colina tenía una situación privilegiada como punto destacado y estratégico. Emprendió trabajos de excavación, descubriendo una serie de muros de dos metros de altura, alguno de los cuales parecía muralla para la defensa de un poblado. Los hallazgos fueron copiosos; desde cráneos humanos, que estuvieron atravesados por un largo clavo, tal vez con objeto de tenerlos patentes en la muralla del poblado, hasta molinos de mano y una pesa con inscripción incisa en caracteres ibéricos. Estudió el señor Sagarra los huesos de animales aparecidos durante la excavación a fin de precisar los alimentos y la forma de vida de los primitivos pobladores de Puig Castellar. Por fin, describió puntualmente la cerámica recogida en la cual estaban representadas todas las clases y formas características de los poblados ibéricos del siglo III antes de Jesucristo.

La empresa del señor Sagarra fué ejemplar en su tiempo, puesto que la arqueología española estaba por entonces principalmente en manos de extranjeros, y después de las espléndidas publicaciones de los hermanos Siret, representaba una gran osadía intentar otros trabajos. No obstante, así lo hicieron Rubio de la Serna, Martorell y Peña, Manuel Cazurro, Luis Mariano Vidal y pocos más.

Tienen todavía otra significación asimismo ejemplar los trabajos realizados por el señor Sagarra en Puig Castellar: la continuidad. Efectivamente, el día 18 de septiembre de 1955, se inauguró en Santa Coloma de Gramanet una exposición de los objetos nuevamente descubiertos en Puig Castellar por un grupo de entusiastas, celebrada precisamente en conmemoración del cincuentenario de la primera campaña del señor Sagarra, cuyos resultados fueron dados a conocer, en 1905, en las publicaciones de la Academia y algo más tarde en las del Institut d'Estudis Catalans.

No terminan con el señor Sagarra los trabajos arqueológicos realizados o promovidos por Miembros de la Real Academia. Brocá, según hemos visto, alternó sus estudios sobre el Derecho catalán con indicaciones prácticas para el estudio arqueológico de Reus, y don Eduardo Toda, Presidente que fué de la Academia, el restaurador del Monasterio de Poblet, viajero a través de varios continentes y publicista copioso, tuvo tiempo suficiente para impulsar las investigaciones arqueológicas de diversas cuevas de la montaña de Escornalbou.

Otros académicos, sin llegar a la práctica de excavaciones, publicaron noticias de singular interés, orientadoras de posteriores trabajos. Llobet y Vall-llosera leyó, en 1849, unas indicaciones sobre las antiguas murallas de Barcelona, según lo que pudo observar durante las obras de derribo, ilustradas con inscripciones halladas en las mismas. Torras y Torrens publicó, en 1880, una Memoria sobre la tan discutida Torre del Breny, próxima a Manresa. El monumento de Centcelles, considerado como Baptisterio y *Cellae Memoriae* de la primitiva iglesia metropolitana de Tarragona, fué el tema del Discurso de recepción del erudito arquitecto y arqueólogo don Luis Doménech y Montaner. En él denuncia muchos errores y establece la base científica para la comprensión y estudio de una obra de excepcional importancia en el arte paleocristiano. Carreras y Candi estudió unos sepulcros primitivos de Céllechs, que consideró cristianos, en cuyas cercanías se comprobó más tarde la existencia de un poblado ibérico amurallado. El mismo autor, en su *Ciutat de Barcelona* que integra la «Geografia General de Catalunya», intentó sistematizar los conocimientos que se tenían de la historia primitiva

de Barcelona, y avanzó bastante más en ese movedizo terreno de las hipótesis, opiniones contradictorias y provisionales interpretaciones.

Las publicaciones de la Academia acogieron con frecuencia estudios realizados por Académicos correspondientes. Sirvan de ejemplo los trabajos de Hernández y Sanahuja sobre las Murallas Ciclópeas de Tarragona, y los de Juan Cabré y Aguiló relativos a las excavaciones practicadas en el monte de San Antonio de Calaceite y a las representaciones de animales en objetos ibéricos de aquella procedencia.

La Real Academia y el Museo

Barcelona posee, entre otros varios y excelentes Museos, el Arqueológico y el de Arte Antiguo de Cataluña, los cuales por el interés extraordinario y la ejemplar disposición de sus colecciones, han merecido convertirse en motivo de orgullo de la ciudad. A la formación de esos Museos ha contribuído desde antiguo la Real Academia con abnegado y dilatado esfuerzo.

Una abreviada noticia de esa época heroica que dió nacimiento al primer Museo de Barcelona y permitió su espléndido desplegamiento posterior, cabe perfectamente en esta relación de la vida académica en sus actividades arqueológicas.

El esfuerzo más continuado de la Real Academia de Buenas Letras durante la segunda mitad del siglo pasado estuvo precisamente dirigido a salvar los elementos arqueológicos que el azar iba poniendo al descubierto a lo largo de derribos y urbanizaciones. Tras dilatados titubeos, pudo disponer de un depósito provisional que muy pronto — tal vez prematuramente — fué llamado Museo. Con ello parecían colmados los deseos que desde mucho tiempo antes se habían ido manifestando en lo opinión pública barcelonesa.

Existían algunos antecedentes dignos de ser aducidos. Tal, el proyecto defendido a fines del siglo XVIII por el Reverendo Mariano Oliveras, Maestrescuela de la Catedral, para formar un Museo al aire libre en el Paseo de la Esplanada, recién urbanizado entonces, con toda suerte de antigüedades romanas y de la Edad Media, situadas encima de pedestales intercalados entre los árboles del paseo y provistos de sus correspondientes indicaciones eruditas.

En 1834 aparece un nuevo proyecto: el de constituir un Museo Municipal en el que se pudiera recoger el resultado de los trabajos de exploración arqueológica realizados por la Real Junta de Comercio y, al mismo tiempo, algunas inscripciones romanas que es-

taban sin protección de nadie. El motín revolucionario de 1835 y el fatal abandono de tantos edificios religiosos, patentizó la oportunidad del proyecto con la necesaria ampliación para salvar al mismo tiempo las obras de arte medieval y renacentistas, o los despojos de ellas en muchos casos.

La ocasión, debidamente apreciada por la Real Academia, dió lugar al nombramiento de una comisión que entendía en el proyecto formada por los señores Próspero de Bofarull, Pi y Arimón y Llobet y Vall-llosera. Desde este momento es posible seguir, día por día, en las actas de la Corporación y en la prensa local, tanto la destrucción de iglesias y conventos de Barcelona como los pasos dados en firme en la salvación de restos venerables.

Los primeros conventos sacrificados fueron el de Santa Catalina y el de San Francisco, de los cuales pudieron ser retirados con mayor cuidado los Archivos y las Bibliotecas que las piedras, las tallas y las pinturas. El académico señor Muns intervino activamente en la campaña y propuso de buena fe que la Junta de Enajenación de Conventos obtuviese de los concesionarios respectivos que, antes de proceder a los derribos, sacasen con todo esmero y a sus costas los objetos cuya conservación interesara y los condujesen al depósito que se señalaría. Mientras tanto se disputaban los locales que parecían desocupados la Real Academia, la Biblioteca Pública, que se estaba organizando, y la Sociedad Económica de Amigos del País.

Después de vagar por varios objetivos, todas las miras coincidieron en el Monasterio de San Juan de Jerusalén, muy vasto y al parecer abandonado. Allí se instalaron, provisionalmente, con deslindes poco precisos, aquellas entidades, aunque sin gozar de ninguna ayuda económica que les permitiera cumplir sus respectivos cometidos. Aun así, se consigue formar un estado de opinión propicio y persuadir a muchos particulares para que cedan al futuro Museo las inscripciones romanas y demás vestigios antiguos que iban apareciendo en los derribos preparatorios de nuevas edificaciones.

Abrió este camino don Juan Massó con el donativo de algunas lápidas halladas en su casa de la calle de Baños Nuevos; siguen el Baile del Real Patrimonio, cediendo los elementos arquitectónicos y escultóricos descubiertos en el antiguo Palacio Menor, y don Mariano Vehils que hace entrega del sarcófago romano con representación del rapto de Proserpina; el Marqués de Ayerbe con dos lápidas; el Intendente Provincial con el ofrecimiento del sarcófago de la caza del león, lápidas y otros objetos arqueológicos que estaban en el patio de la Casa del Arcediano, y muchas otras participaciones. Don Juan Cortada, ante la profusión de ofertas y donativos, propone a

la Academia la formación y publicación de un catálogo, insistiendo repetidamente en la idea sin llegar a verla realizada.

Al lado de los entusiastas de la formación del Museo, existían los que daban preferencia a los trabajos de estudio de los monumentos antiguos, y aquellos que se inclinaban hacia la solución de proteger al mismo tiempo lo arqueológico, lo artístico y los recuerdos históricos de la ciudad.

En 1842, apunta la idea de la creación oficial de un Museo Provincial de Antigüedades. Primero es el Jefe Político quien consulta a la Academia sobre el proyecto al mismo tiempo que solicita la redacción del inventario de las obras recogidas hasta entonces. Del recuento salen 22 lápidas romanas y otras 24 góticas. Don Juan Cortada, fiel a su entusiasmo, reclama para la Academia la gloria de haber fundado en España el primer Museo de su clase y propone que se anuncie para breve plazo su solemne inauguración. A todo esto, se constituye en Barcelona, por virtud de la ley, la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos, entre cuyas obligaciones consta la formación de un Museo. Y como se da el caso de tener la Comisión su domicilio en el mismo Convento de San Juan, donde se aloja la Academia y donde ésta tiene ya su Museo, la Comisión renuncia a la formación de uno nuevo y cede a la Academia la cantidad que para el suyo tenía destinada, al mismo tiempo que ofrece traspasarle todos cuantos objetos arqueológicos o artísticos lleguen a sus manos.

De este modo se va nutriendo el Museo de la Academia al mismo tiempo que caen los monumentos o se transforman en establecimientos penitenciarios, como los antiguos monasterios de San Pedro y de San Pablo, o en cuarteles como San Agustín o Jonqueres. En 1875, el Museo se considera común a ambas corporaciones, Academia y Comisión, y aunque las instalaciones son sumamente deficientes, permiten hacerse idea de las posibilidades que podían ofrecer a base de una protección adecuada.

Por esos mismos tiempos el Ayuntamiento piensa en la construcción de un Palacio de los Museos en el Parque de la Ciudadela, y la Universidad también parece dispuesta a dar cobijo al Museo de la Academia. Dos años después, mientras las Religiosas Sanjuanistas reclaman el antiguo convento de la Riera de San Juan, el Museo es trasladado a la Capilla de Santa Agueda, por mutuo acuerdo entre la Comisión de Monumentos y la Academia.

Así empezó el año 1877. El Museo, bajo el nombre de Museo Arqueológico Provincial, persistió en la Real Capilla hasta el año 1930 y sirvió, a falta de cosa mejor, para la formación de varias promociones de arqueólogos y de historiadores del Arte.

En realidad, el Museo de Santa Agueda fué, como eran los Museos similares en aquellos tiempos, un hacinamiento de objetos heterogéneos, donde la prehistoria alternaba con el arte barroco, los mosaicos romanos guardaban inmediata vecindad con las pinturas góticas y con las monedas de todos los tiempos.

En 1888, don Antonio Elías de Molins publicó el Catálogo de los objetos que figuraban entonces en el Museo Provincial de Antigüedades. La mayor parte y la más importante constan en el mencionado Catálogo como depositados por la Real Academia de Buenas Letras. Allí se comprueba el esfuerzo realizado por la Corporación para salvar de una pérdida segura multitud de fragmentos arquitectónicos, esculturas, relieves, inscripciones y mosaicos que han permitido al actual Museo Arqueológico magníficas reconstituciones ; puertas, ventanas y capiteles románicos y góticos, instalados ahora en el Museo de Arte de Cataluña, en el que contribuyen a la mejor ambientación de las salas de Arte Medieval ; imágenes, sarcófagos, retablos inscripciones y escudos nobiliarios y de gremios que han enriquecido el Museo de Arte y el más reciente de Historia de la Ciudad.

El mismo Catálogo es una muestra más del esfuerzo realizado por los Miembros de nuestra Academia para el estudio sistemático de la arqueología catalana. Don Antonio Elías de Molins aunque no ingresó en la Corporación hasta 1903, llevaba ya el espíritu de la misma cuando, en 1888, publicó el Catálogo de aquel Museo, en el cual reunía la primitiva idea de Juan Cortada, los trabajos inacabados de Manjarrés y los buenos propósitos de Balaguer y Merino. El Catálogo de Elías de Molins fué bien recibido por la crítica y mereció elogios calurosos del gran epigrafista Emil Hübner que sostuvo continuada correspondencia con el autor del libro para completarlo y preparar su continuación. Los errores que contiene el Catálogo son muchos y patentes, pero es forzoso considerar esta obra como una de las más eficaces para la orientación de nuestros estudiosos al finalizar el siglo pasado.

Al ser publicado el Catálogo del Museo de Santa Agueda figuraba en el mismo la colección de don Eusebio Fortuny, cedida por la Excelentísima Diputación Provincial, compuesta de objetos de todas clases y procedencias ; intercalados con tales objetos estaban los que constituían la aportación municipal y las de algunos particulares. La Asociación Artístico-Arqueológica ; la Asociación Catalana de Excursiones ; la Junta de Agricultura, Industria y Comercio ; la Junta del Puerto y la Sociedad Catalana General de Crédito habían constituído también importantes depósitos en el Museo. Pero poco hubiera representado el Museo Arqueológico Provincial de no haber contado

con la colaboración constante y principalísima de la Real Academia de Buenas Letras.

Consciente nuestra Corporación de la insuficiente eficacia del Museo mientras tuviese que permanecer en el exiguo local que le estaba destinado, y ante el programa museístico que en 1930 venían desarrollando las Corporaciones Públicas de la Ciudad, dió las máximas facilidades a la nueva organización sin recabar para sí más que el honor y la satisfacción de haber facilitado la obra de los nuevos Museos, concebidos y organizados de acuerdo con las exigencias culturales de la ciudad. Los objetos fueron distribuídos entre los nuevos Centros, según fuese su respectiva naturaleza. El único acto de reconocimiento hacia la vieja Academia y su labor precursora ha sido reservarle un lugar en la Junta de Museos.

Historia del Arte

El tercer apartado de nuestra revisión debe referirse a los Académicos que dedicaron sus estudios, o parte de ellos por lo menos, a la investigación documental sobre la historia del Arte a partir de la Edad Media, y a la crítica directa de las obras artísticas.

Podemos iniciar la serie de tratadistas de Arte con el nombre de Pablo Piferrer, el defensor más sensible, en pleno Romanticismo, de la vida de la Edad Media. Sus *Recuerdos y Bellezas* contienen, al lado de descripciones apasionadas, un estudio profundo y directo de documentos utilizados por primera vez por la crítica histórica. Su muerte prematura le impidió ver logradas las grandes esperanzas que su febril fantasía había creado.

Muy distinta aparece la personalidad de José Puiggarí, erudito archivero del Ayuntamiento de Barcelona y pintor de Historia, como gustaba anunciarse. Su obra cumbre hubiera sido la Historia de la Indumentaria Española, trabajo vastísimo presentado sin fortuna al concurso para el Premio Martorell. La preparación de esa obra, de la cual solamente el tomo primero fué publicado, le obligó a registrar archivos y a estudiar pinturas, miniaturas, relieves y esculturas de todas las épocas y a meditar pacientemente lo aprendido a fin de reducirlo a materia expositiva.

Con todo, tal vez hayan resultado de mayor provecho sus demás trabajos de investigación documental, empezando por la *Noticia de algunos artistas catalanes inéditos de la Edad Media y del Renacimiento*. Bajo la modestia de este título se esconden verdaderos descubrimientos, definitivas aclaraciones a problemas que parecían in-

solubles ; muchos nombres de grandes artistas aparecen por primera vez en el mundo de la historiografía y quedan incorporados en el libro de la historia del Arte. Gracias a Puiggarí, la nebulosa historia del arte antiguo catalán, que Cean Bermúdez había empezado a disipar, quedó poblada de nombres y esclarecida con fechas ciertas. Ferrer Bassa, Lorenzo Zaragoza, Jaime Canalías, Raimundo Desfeu, Luis Borrassá, Nicolás de Maraya, Bernardo Martorell, Guillermo Talarn, Luis Dalmau, y cien más, deben al celo de José Puiggarí la iniciación de su prestigio.

José Puiggarí fué pródigo en publicaciones. Además de su conocida *Garlanda de Joyells,* que ha sido llamada Breviario de los monumentos de Barcelona, y de otras igualmente notables, está la copiosa colaboración en periódicos locales y de Madrid, muchas veces ilustrados por su mano.

Se intercala en esta labor otro erudito, don José de Manjarrés, teorizador de las Bellas Artes en la Cátedra y en las publicaciones, y alumno aprovechado de la Escuela de Lonja. *El traje bajo la consideración arqueológica,* obra publicada en 1858, le abrió la estima general, aumentada por otros tratados que la siguieron, y por sus versiones adaptadas a la juventud y publicadas por Bastinos, el editor enamorado de la pedagogía. Manjarrés, que había escrito su compendio de *Arqueología Cristiana* dedicado a los Seminarios (1867), que comentó los pulcros grabados de Reveil para el *Museo Europeo de pintura y escultura* (1860), que formó parte de «Una Sociedad de Literatos» para publicar *Las Glorias de la Pintura* (1861), dedicó también sus actividades al *Arte en el Teatro* (1875), que le valieron ser preceptor del Liceo de Barcelona. Miquel y Badía halló fácilmente materia para el elogio de Manjarrés cuando, en 1884, la Real Academia de Buenas Letras le dedicó una sesión necrológica.

El camino que había señalado Puiggarí fué después seguido por el Rdo. Mosén José Mas en varios artículos aparecidos en el Boletín de la Academia. La labor que el archivero municipal había realizado en los depósitos documentales de los antiguos Conselleres y de los Notarios, la repitió el paciente archivero catedralicio con los manuales de la Seo, para extraer de ellos extensas relaciones de artistas cuyas obras habían quedado oscurecidas por el anonimato. Así desfilan por las recopilaciones de Mn. Mas gran número de pintores, a partir, en los siglos XII y XIII, de unos enigmáticos Guillermo, Berenguer y Bernardo que nos conducen hasta un Pedro Martín de Burgos, más enigmático todavía. En cambio, a lo largo de siglos posteriores, reaparecen los artistas que ya descubriera Puiggarí y otros muchos que vienen ahora por primera vez en los documentos. Otras

listas publica todavía el Rdo. José Mas, destinadas a los escultores que trabajaron en la catedral de Barcelona y a los miniaturistas que decoraron misales y leccionarios o pintaron escudos y títulos en los cirios de las ceremonias.

Insistieron en idéntica tradición investigando en otros archivos el Rdo. Mn. José Gudiol, que superó su trabajo de erudición con una crítica segura y un conocimiento tan profundo del arte y la liturgia de la Edad Media que pudo, él solo, hacer que la historia del arte cristiano se perfeccionase en Cataluña considerablemente.

La publicación de documentos relativos a los antiguos artistas fué cundiendo, hasta lograr que nuestros pintores medievales, por ejemplo, fuesen más conocidos, a base de sus contratos de obras, compañías y vida familiar, que otros personajes más modernos.

En medio de ese ambiente de estudio directo de los documentos se perfila un historiador extraordinario: Salvador Sanpere y Miquel. Inauguró sus tareas en la Academia con una exposición de las obras del que él llamó Arte bárbaro, refiriéndose al producido en Cataluña con anterioridad al siglo XII, ya fuesen miniaturas, ya pinturas murales. Pero las obras fundamentales de Sanpere y Miquel fueron las dedicadas a los pintores trescentistas y cuatrocentistas.

La obra crítica de Sanpere y Miquel debe juzgarse en conjunto y en la multiplicidad de sus aspectos; de otro modo el juicio concreto que pudieran merecernos tales o cuales de sus publicaciones podría ser erróneo.

Sanpere y Miquel fué político activo; representó varias veces a las Corporaciones locales en Exposiciones extranjeras y fué comisionado para estudiar en Francia, Alemania y Rusia los métodos de la enseñanza artística aplicada a la industria. Practicó extensas investigaciones documentales sobre topografía histórica, que luego fueron otras alegaciones jurídicas en pleitos sonados. Fué siempre combativo, y se debe tal vez a esa disposición de su carácter el dinamismo que le acompañó en todo momento. Estudió directa y profundamente las pinturas medievales conservadas en Cataluña y copió en los archivos los documentos que les hacían referencia. Esta preparación era suficiente para la publicación de sus estudios, pero fué necesaria la aparición de un móvil que le decidiese, y este móvil fué la ocasión de combatir la opinión de otros críticos — Raimon Casellas, principalmente —, según los cuales las obras medievales, si eran buenas, debían ser adjudicadas a pintores extranjeros. Sanpere y Miquel se erigió en paladín de la idea contraria, e intentó probar sus asertos con documentos contemporáneos. Es verdad que se equivocó muchas veces y que ha sido necesario distribuir de nuevo sus atribuciones, pero

fué Sanpere y Miquel quien dió el impulso y quien defendió la existencia de una escuela catalana de pintura que llena, por lo menos, los siglos XIV y XV.

Forman capítulo aparte en la revisión de las actividades de la Real Academia relativas a la historia del Arte los trabajos sobre historia de la heráldica y sigilografía. Don Francisco Xavier de Garma, nacido en Alcántara, de Extremadura, vino a la Dirección del Archivo de la Corona de Aragón, y, mientras trabajó activamente en la ordenación de sus series documentales, preparó (hacia 1741) la publicación de un estudio sobre los sellos reales, de la cual solamente quedan los grabados que habían de servir para 18 láminas. Perdióse también su *Llave maestra de la Antigüedad,* pero tenemos en cambio *La Adarga Catalana,* publicada en 1753, tratado teórico y repertorio heráldico que aun hoy día es refugio de historiadores y eruditos.

De 1899 es la Memoria sobre *La heráldica en la filigrana del papel,* de don Francisco de Bofarull y Sans, en la que, a continuación del índice de una colección de filigranas con representaciones figuradas, publica las que tienen significación heráldica. Inicia la serie, como elemento separado, la flor de lis, para seguir con los escudos, identificables muchos de ellos, sobre todo franceses (Borbón, Mazarin, Le Tellier, etc.), además de otros de provincias y localidades españolas. Este tratado era parte de una obra de mayor envergadura titulada: *El papel y sus marcas,* compuesta de un volumen de texto y otros cuatro de ilustraciones, con más de dos mil dibujos, obra que el autor dejó inédita y cuyo paradero actual no se conoce.

Don Andrés Giménez Soler publicó en 1903, en el Boletín, un artículo en el que se esmera en estudiar la forma que tuvieron las coronas de los reyes de Aragón durante los siglos XIV y XV. La base de investigación fueron los inventarios o recibos de pignoraciones que describen las coronas, o lo que pudo observar en retablos y miniaturas coetáneos; con estos apoyos describe lo que son garlandas y xapellets, cuáles son las partes llamadas casetons, murats y florons, y precisa cuáles eran las coronas que tuvieron florones en forma de cruz o de águila.

Cuando en 1918 ingresó en la Academia el Dr. D. José M.ª Roca, no escogió por tema de su Discurso ningún punto de historia de la Medicina, que era su especialidad, ni relativo a personajes de la corte aragonesa, en cuya historia trabajaba; prefirió presentar al heraldista del siglo XVII Jaime Ramón Vila, autor de un *Tractat d'Armoria* en cuatro tomos. El Dr. Roca justificó su elección por estar en posesión del manuscrito y haber podido estudiarlo con todo detenimiento, pero al mismo tiempo, porque juzgó que el Armorial de Vila,

precursor del de Tarafa, debía ser puntualmente conocido por los estudiosos.

Fué don Fernando de Sagarra quien debió representar durante muchos años en la Academia los estudios de heráldica y sigilografía. Inicióse muy joven el señor Sagarra como coleccionista de sellos documentales en placa, cera o estampados; las obligadas clasificaciones le llevaron a estudiarlos sistemáticamente y a considerarlos como materia historiográfica. Poco después de 1890 empiezan a dar fruto los estudios del señor Sagarra con el análisis de los sellos usados en la cancillería del rey Pedro el Ceremonioso, o Jaime I, o los utilizados por San Bernat Calvó. Alternó estas publicaciones monográficas con las exposiciones teóricas sobre el valor de la sigilografía en el campo de las ciencias auxiliares de la historia, y dió, por fin, su obra monumental: *Sigillografia Catalana*, ganadora del Premio Martorell en el concurso del año. Esta obra le obligó a diversos viajes, a la exploración de archivos nacionales y extranjeros, a elaborar personalmente las improntas de escayolas que había de utilizar en la composición de las láminas y a descifrar leyendas borrosas, a interpretar señales fragmentarias y a describir y comentar los millares de ejemplares que figuran en su obra.

Otra obra igualmente monumental, merecedora también del Premio Martorell, fué el Armorial formado por don Félix Doménech y Montaner, cuyo original se conserva inédito en el Archivo Histórico de la Ciudad, aunque algunas partes se hayan podido desviar hacia publicaciones parciales sin intervención del autor. El método expositivo usado por el señor Doménech; la perfección de los dibujos; la preocupación de dar en cada caso una imagen fiel del original y los comentarios documentales de los principales linajes representados, permiten considerar el *Armorial* como obra básica de la heráldica catalana. Uno de los tomos está dedicado a las señales heráldicas de Carlos I el Emperador, y constituye una monografía de excepcional importancia.

No terminó con la labor de los anteriores eruditos la obra de investigación en los archivos. Soler y Palet publicó en 1916 sus notas sobre *L'art a la casa al segle XV*, en la cual entresaca de multitud de inventarios notariales las piezas que revelan el ambiente artístico existente en el domicilio de mercaderes y burgueses. En esa tarea fué maestro de todos Mn. José Gudiol, que dejó esparcidas por un sinfín de publicaciones preciosas notas en las cuales puede reflejarse la pobreza o abundancia de los objetos, su diversidad y la evolución que los tiempos les imponen. Carreras y Candi nos da también aportaciones de gran interés sobre la obra constructiva de la

Catedral de Barcelona (1901), al mismo tiempo que podía atribuir a los pintores Pablo Terrers y Francisco Vergós el retablo mayor de la capilla del Hospital de la Santa Cruz de Barcelona.

Asimismo, don Ernesto Moliné y Brasés separóse alguna vez de sus temas literarios para acudir a colaborar con los historiadores del Arte. Suya es la aportación de *Alguns documents inèdits per a la història de la pintura catalana* (1913). También el señor Botet y Sisó, que ya hemos hallado en la sección arqueológica, dió a conocer algunos esclarecimientos sobre ciertos sepulcros de la familia Condal de Ampurias (1916).

En 1922, don Buenaventura Bassegoda estableció la biografía de Luis Vermell, escultor y pintor de retratos, que trabajó en diversas poblaciones catalanas durante la segunda mitad del siglo pasado.

La consulta de las publicaciones de la Real Academia permite reconocer la constante participación en la investigación del Arte, ya publicando los trabajos de sus propios miembros, ya acogiendo en sus páginas valiosas colaboraciones externas. La precisión de las fechas en que Jaime Huguet recibió el encargo y ejecutó la pintura de su bello retablo de la Epifanía para la Capilla Real de Santa Agueda quedaron establecidas gracias a la publicación de don José Pallejá en 1922, mientras don Rafael del Arco, correspondiente en Huesca, publicaba, también en el Boletín de la Academia, el fruto de sus constantes búsquedas sobre Arte aragonés.

También la línea de los teorizadores del Arte, que iniciara Manjarrés, halló continuadores en la labor de la Academia. En 1903 hallamos el Discurso de recepción de don Pelegrín Casades y Gramatxes, cuyo tema es por demás significativo: *Influencies del art oriental en los monuments romànichs de Catalunya*. El señor Casades venía del campo excursionista, que en Barcelona nunca dejó de ser al mismo tiempo inclinado a la arqueología. Tenía en su haber una gran labor de divulgación por medio de artículos y conferencias y su Discurso dió fe del esfuerzo realizado por su autor para reducir a síntesis concreta las diversas opiniones de las grandes autoridades en la materia. La influencia oriental, venía a decir, es evidente, pero no se produce por calco, sino por derivación moderada con pérdida de la aparente opulencia y exceso de ornamentación, porque el ambiente local reduce la influencia a canon apropiado.

La más importante significación del ingreso del señor Casades en la Academia estaba en su procedencia. Las asociaciones excursionistas habían sido las salvadoras de muchos tesoros arqueológicos, cuando nadie más se ocupaba de ellos. El mayor mérito local

era la restauración, hasta donde era posible, de las tres columnas que aún quedaban en pie, y quedan todavía, del Templo romano de la calle del Paradís, la más monumental de las ruinas romanas de Barcelona.

Escasas son las manifestaciones de Arte popular recogidas en la actuación académica. Pero es fuerza señalar la obra de Apeles Mestres, el poeta y escritor dramático que también fué historiador y excelente dibujante. Sus notas sobre la representación de los *Reyes Magos* a través de los tiempos y su estudio sobre las hojas llamadas *Auques de rodolins* son buenos ejemplos de temas populares estudiados por quien mejor podía hacerlo, por conocerlos como antiguo coleccionista especializado en ellos.